

Traducción
José de Piérola

El arte de la ficción

Henry James & Walter Besant




Esteban Quiroz Editor

POR QUÉ LEER A HENRY JAMES

«Trata de ser una de esas personas en quienes nada se pierda» —Henry James,
El arte de la ficción

Muchos carruajes se detuvieron aquella noche en la calle adoquinada frente al Ala Oeste de la Casa Burlington donde se alojaba la Real Sociedad de Londres. Mientras los cocheros inhalaban rapé a escondidas, los pasajeros se apresuraban a subir las escaleras para ocupar sus asientos en la sala de conferencias; iban a escuchar la charla de uno de los escritores más populares de su tiempo: el filántropo Walter Besant. Ese 25 de abril de 1884 sería fundamental para la literatura anglosajona, no sólo porque el título de la charla, «El arte de la ficción», señala una intención de cambio, sino también porque nunca antes se había discutido dicho tema en un foro tan importante. De hecho, Besant es recordado no tanto por las más de treinta novelas que publicó en vida, sino por aquella charla que puso en marcha un diálogo que, después de casi ciento veinte años, sigue despertando el mismo interés.

Se trataba de dar carta de ciudadanía a la ficción, ya que hasta entonces, al entender de Besant, todavía se la consideraba un arte menor. Pero también, en un ambicioso giro, la charla debía sentar las bases teóricas del nuevo arte. Semanas después, cuando la charla era publicada como folleto, Henry James se sintió movido a responder con un ensayo que también tituló: *El*

arte de la ficción, ensayo que se convertiría en uno de sus textos más citados durante el siglo xx. No mucho después se sumarían a este diálogo otros novelistas, empezando con E.M. Forster, hasta incluir escritores tan variados como Edith Wharton, John Gardner, Anne Lamott, Stephen King, Mario Vargas Llosa, y, más recientemente Norman Mailer, cuyo *The Spooky Art* se publica en 2003. No obstante lo enriquecedor de este diálogo, el ensayo de James no ha perdido vigencia: todo lo contrario, todavía señala aspectos fundamentales para la creación literaria.

James nunca pudo separar su vocación de su vida privada, quizá porque su trabajo literario, más que una vocación, era un modo de vida. Nacido en 1843, en Nueva York, año en que se botó en Bristol el GRAN BRETAÑA, primer trasatlántico con hélices, James fue el primer escritor norteamericano que escribe desde la experiencia del expatriado. El joven que creció en las calles de Mahattan, viajó a Europa en 1869, para, cinco años después, tomar residencia permanente en Londres. No es casual que muchas de sus obras reflejen el conflicto entre culturas, la norteamericana de sus personajes —la mayoría mujeres jóvenes de la naciente burguesía— con la cultura europea de fines del siglo xix. Su etapa inicial, que incluye *El retrato de una dama* (1881), primera obra maestra, se cierra con *La musa trágica* (1890). Durante los años siguientes, prueba escribir para teatro, pero no tiene éxito. La experiencia teatral, no obstante, le daría un giro a su carrera de escritor. Desde su novela *Lo que sabía Maisie* (1897), James adapta las técnicas del teatro a la narración no-

velesca, como registraría en uno de sus cuadernos de notas: «Me doy cuenta –un poco tarde– que el método *escénico* es mi prioridad absoluta, mi imperativo, mi *única* salvación. Es al *desarrollo de la acción* a lo que debo, más y más, *asirme* con firmeza: es lo único que de verdad, para *mí*, por lo menos, *producirá* L'ŒUVRE, y L'ŒUVRE es, a los ojos de Dios, a lo que yo aspiro». Lo que James llama método escénico le permitiría escribir indiscutibles obras maestras como *Las alas de la paloma* (1902) y *Los embajadores* (1903). Se naturalizaría inglés en 1915, un año antes de su muerte.

Pero el método escénico es sólo una contribución de quien, como nunca antes, profesionalizaría el oficio de escritor. Con una meticulosidad propia de un contador, llevaba un registro minucioso tanto de sus ingresos, como de su producción literaria. Siguiendo la convención de la mayoría de escritores anglosajones, medía sus obras no por el número de páginas, ni por la dudosa denominación de género, sino por el número de palabras. Cada proyecto, para James, representaba un número de palabras a producir por mes, por semana, inclusive por día. El 21 de diciembre de 1896 se puede leer una nota sobre *Lo que sabía Maisie*: «todavía tengo que escribir 10,000 palabras».

Ninguno de estos pruritos administrativos, necesarios para su sobrevivencia como escritor, hizo que su obra fuera menos original o, como le gustaba recordar a él mismo, menos «interesante». Todo lo contrario. James ejerció, sobre la base de esta disciplina espartana, una labor creativa que produjo los clásicos arriba mencionados, innumerables cuentos, así como

EL ARTE DE LA FICCIÓN*

Walter Besant

UNA CONFERENCIA LEÍDA EN EL REAL INSTITUTO EL 25 DE
ABRIL DE 1884

Es mi deseo esta noche plantear que la ficción es una de las artes. Para hacer esto, y antes de hacerlo, debo presentar ciertas proposiciones. No son nuevas, tampoco es probable que sean objetadas; sin embargo, nunca han sido lo suficientemente reconocidas como para que sean parte, para decirlo de algún modo, del imaginario nacional. Son tres proposiciones, aunque las dos últimas se desprenden directamente de la primera. Éstas son:

1. La ficción es un arte que merece ser considerada hermana e igual a las artes de la pintura, la escultura, la música y la poesía; lo que quiere decir que su campo es tan ilimitado, sus posibilidades tan vastas, sus logros tan merecedores de admiración como los de cualquier arte.

2. La ficción, como las otras artes, está gobernada y dirigida por leyes generales; dichas leyes pueden expresarse y enseñarse con la misma precisión y exactitud con que pueden enseñarse las leyes de la armonía, la perspectiva y la proporción.

* Conferencia leída en el Real Instituto de Londres el 25 de abril de 1884

3. Como las otras artes, la ficción está tan alejada de las artes mecánicas, que no hay ninguna regla ni ley que puedan aprender quienes no han nacido con los dones naturales y necesarios para practicarla.

Éstas son las tres proposiciones que voy a discutir. Se desprende, como corolario, y como deducción evidente, que, si son aceptadas, quienes practiquen el arte de la ficción deben ser reconocidos como artistas, en el estricto sentido de la palabra, tan igual como se reconoce a quienes han extasiado y elevado a la humanidad con la música y la pintura; y que los grandes maestros de la ficción deben estar al mismo nivel que los grandes maestros de las otras artes. En otras palabras, quiero decir que cuando alguien ha llegado a la cima, o lo que parezca ser la cima de este arte, debe ser considerado entre los más grandes del mundo.

Supongo que no hay nadie en este salón que no acepte estas proposiciones; por el contrario, para la mayoría deben parecer evidentes; sin embargo, la aplicación de la teoría a la práctica, el paso de los principios a las personas, puede ser más difícil. Por ejemplo, es tan grande la admiración hacia maestros de la talla de Rafael y Mozart que si uno propusiera elevar a Thackeray al mismo nivel de éstos, muchos se opondrían. No sugiero que se compare el arte de Thackeray con el de Rafael, o que haya semejanzas en las obras de ambos maestros; sólo quiero decir que, como la ficción es un arte, y la pintura también es una de las artes, aquellos artistas que han alcanzado la cima en cualquiera de ellas están al mismo nivel.

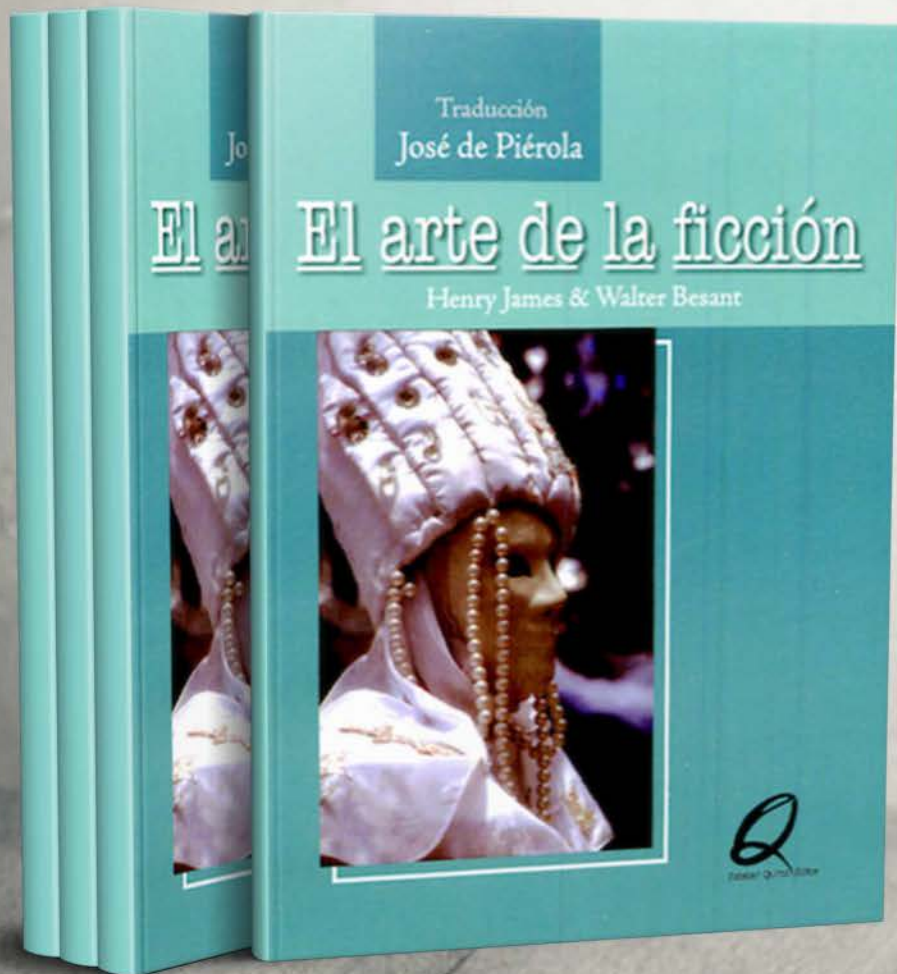
Salgamos, sin embargo, fuera de este salón, a las multitudes que nunca han considerado la obra del novelista como un arte. Para ellos la idea de que un gran novelista sea considerado al mismo nivel que un gran músico, un gran pintor, o un gran poeta, sería al principio algo ridículo e inclusive doloroso. Consideremos por un instante cómo ve el mundo al novelista. El novelista es, a los ojos del mundo, alguien que cuenta historias, tan igual como antes creían que el actor era quien rodaba en el escenario para hacer reír a la audiencia, y que el músico era quien se daba maña para hacer bailar a la gente. Este modo de pensar es anticuado, aunque muchos todavía piensen de esa manera; primero, porque se les ha enseñado a pensar así; segundo, porque el modo de pensar de otros influye en ellos. Es, por lo tanto, bastante sencillo entender por qué el arte de escribir novelas ha sido poco apreciado por las mayorías. Primero, mientras los líderes de otras artes, así como de cada especialidad de las ciencias y de cada rama profesional, reciben su cuota de distinciones a escala nacional, no se otorga el mismo reconocimiento a los novelistas. Ni Thackeray ni Dickens fueron nunca, según tengo entendido, distinguidos con el rango de Par; ningún rey, reina, ni príncipe de ningún país del mundo los toma en cuenta. No quiero sugerir que serían mejores por el hecho de recibir una distinción semejante, pero la falta de distinciones prueba, para quienes aceptan las opiniones de otros, que su clase no merece honores especiales. De

La muerte de la novela es un tema que fue planteado a mediados del siglo XX, décadas después apenas que el género alcanzara las cumbres a donde la elevaran los artífices del siglo XIX. Desde aquellos plácidos tiempos la fúnebre amenaza deambula en conferencias y debates, por páginas de libros y revistas, con recurrencia, brío y colorido, con diverso tono y variado efecto.

Tan fatídico planteamiento suscita escalofríos en algunos lectores en la medida que sugiere la inevitable clausura de cierta dimensión de la sensibilidad y el intelecto; en otros lectores, sin embargo, apenas arranca una sonrisa. Suena curioso plantear la muerte de la novela y no la muerte del óleo, menos la muerte de la sinfonía. Ningún Apocalipsis se cierne sobre el arte del mimo, ni la extremaunción ronda al preciso arte del soneto. Para esas manifestaciones del espíritu, las modas recurren a un cauto vocabulario. Hablan de mudas, desarrollos; máximo de revoluciones. Sólo al arte de la novela se le ha reservado un catafalco en el cementerio donde yacen las culturas y las civilizaciones.

Zein Zorrilla

Del ensayo: **Hija de Bergman y Kurosawa,**
nieta de Balzac:
la novela en el siglo XXI.



OFERTA
S/. 12
LIBRO IMPRESO



**ENTREGA A DOMICILIO
O LUGARES CÉNTRICOS**

PEDIDOS:

993 258 125

944 787 051



info@acuedi.org

AL COMPRARNOS

LIBROS

CONTRIBUYES

CON EL DESARROLLO DE NUESTROS

PROYECTOS

WWW.ACUEDI.ORG

